

2001: AÑO VERDI

JUAN LUIS GONZÁLEZ ALCÁNTARA Y CARRANCÁ

El año de 1813 es de extraordinaria trascendencia en la historia del arte lírico, en ese año nacieron dos de sus grandes –si no es que los más grandes– exponentes: Giuseppe Verdi y Richard Wagner. Ambos, aunque con su muy particular concepción de este género músico-dramático, son indudablemente gigantes universales de la expresión operística. Precisamente, de Verdi este 27 de enero se cumplen cien años de su fallecimiento, por lo que el mundo prepara en su memoria la presentación del mayor número de sus obras en el transcurso del que ya se ha denominado «Año Verdi». Con este motivo, 17 teatros líricos y festivales del mundo programan ya 20 representaciones de *La Traviata*, 14 de *Aida*, 14 de *Falstaff*, 13 de *Rigoletto* y se tiene previsto el montaje de 21 de las 28 óperas que constituyen su obra. La *Misa de Réquiem* que escribiera a la memoria de su amigo Alessandro Manzoni, está programada 14 veces, y en la fecha de su aniversario luctuoso será interpretada en inédito homenaje al cumplirse el centenario de su óbito.

Giuseppe Verdi es el más italiano de los compositores del arte lírico y uno de los más prolíficos de una obra que tuvo en la ópera su principal motivación. De extracción humilde, desde pequeño mostró cualidades musicales que cultivó con denodado esfuerzo, primero con el organista de la parroquia de Busseto, cercano a su natal Roncole. A los 15 años de edad escribió e interpretó una sinfonía para presentar *El barbero de Sevilla*, de Rossini, y



Giuseppe Verdi
Retrato en pastel de Giovanni Boldini

después solicitó la plaza de organista en la iglesia local, que le fue negada. En 1832, Verdi obtuvo una beca de estudios y se trasladó a Milán, donde presentó su examen de admisión en el Conservatorio, pero que resultó negativo y, por consiguiente, se le rechazó. Esta y otras adversidades personales y musicales que sufrió en su etapa juvenil, sobre todo



Cartel para su representación en el Teatro La Fenice, Venecia (1881)

a la muerte de su primera esposa y el fracaso de su trabajo inicial, le causaron profundas depresiones a las que logró sobreponerse, pero que pueden considerarse ingénitas a su temperamento nervioso e inclinado a la melancolía. Predisposición que, ciertamente, se refleja en la intensidad emocional de cada una de sus óperas, que con singular acierto



Portada especial de *Illustrazione italiana*, publicada con motivo del estreno de *Falstaff*, Frat. Treves editores (1893)

conjuntan melodías armónicas con caracterizaciones dramáticas para provocar emotividad, hacer teatralmente verosímil la situación más conflictiva o melodramática, con riguroso apego a las exigencias del relato.

Se habla de la «trilogía verdiana típica» integrada por *Il Trovatore*, *La Traviata* y *Rigoletto*, como los trabajos más representativos de este compositor. En realidad, toda su obra operística se caracteriza por ser vibrante y expresiva, con preferente esmero en las voces, con efectos espléndidos individuales o de conjunto. Con especial énfasis en los decorados magníficos que enmarcan



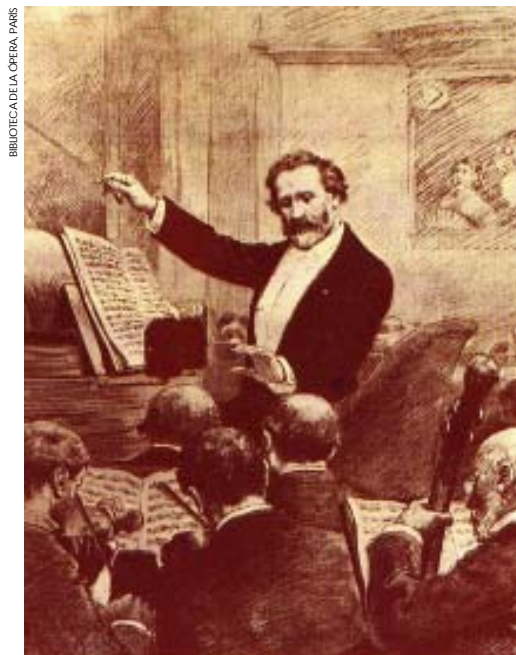
Portada de la primera edición de *El Trovador*, estrenado en el Teatro Apollo de Roma, Ediciones Ricordi (1853)

y resaltan la historia en su representación escénica, para lograr con frecuencia efectos impresionantes, como la efeméride refiere del estreno de *Aida*, que se presentó en El Cairo, Egipto, representación aclamada hasta el delirio. El talento de Verdi es patente en esta ópera, donde observamos cómo se somete la inspiración al sentido del texto, por ejemplo: el del recitativo, que evoca la guerra, tiene carácter heroico y triunfante; el del aria describe el

amor de Radamés por Aida y canta las excelencias de la belleza de la amada; apartándose del esquema de los papeles tradicionales del recitativo y del aria en la ópera dieciochesca.

Por su parte, los grandes intérpretes del arte lírico tienen por excelencia en su repertorio las óperas de Verdi por razones de economía de esfuerzo y adecuación a las condiciones precisas para mantener su salud vocal, como son los papeles de tenor lírico y lírico-ligero, por su facilidad para el agudo y su dominio de la zona más arriba del «pasaje» de la voz, al igual que también tienen amplia aceptación los roles de sopranos, barítonos y bajos en sus obras. Por ello mismo, es dable asegurar que muchas de las arias de ópera más famosas en el mundo fueron concebidas por Giuseppe Verdi. Desde «*La donna è móbile*», de *Rigoletto*, hasta el «*Va pensiero*», de *Nabucodonosor* (o *Nabucco*), casos excepcionales de piezas reconocidas hasta por quienes poco o nada saben de arte lírico. Por cierto, la segunda mencionada ha sido propuesta por sus compatriotas para sustituir al himno nacional de Italia, dada la extraordinaria aceptación que ha tenido desde su estreno en 1842. Al igual que algunos son tan adeptos a las óperas de Verdi, que aseguran disfrutaban con sin igual fruición *La Traviata* y *Rigoletto* en sesión consecutiva, gracias a los adelantos de la tecnología de audio y video, complemento perfecto para llevar a todas partes y en cualquier momento un género que conjunta música, baile, canto y pintura, principalmente, amalgama de valores estéticos que constituye la expresión del arte conocido como ópera.

Precisamente, en *Don Carlo* tenemos un drama con una música sobrecogedora, profunda como el sentimiento humano; *Otello*, ejemplo del toque emotivo del compositor italiano, o *Falstaff*, considerada por el célebre director Arturo Toscanini como la «ópera más bella, más completa, más moderna y más latina», torbellino de ideas melódicas, profunda reflexión sobre la condición humana y una broma del espíritu de Verdi que cierra con la frase coral: «todo el mundo es burla». Creaciones que son



Grabado de Verdi dirigiendo *Aida* en la Ópera de París, Giancarlo Costa

verdaderas cimas del arte lírico y se consolidan como manifestaciones de identidad de la ópera verdiana. Aunque en toda su obra predominan melodías cautivadoras que ahora son escuchadas en cualquier tiempo y en las más disímolas latitudes, como su *Réquiem*, que desde su estreno podía ser interpretado hasta en la época de Cuaresma, cuando



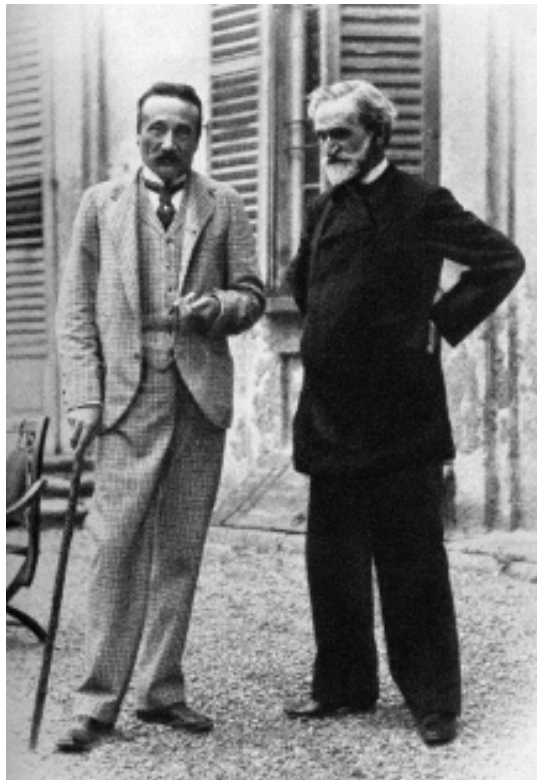
Verdi conversando en la Fuente Tettuccio de Montecatini

era obligada la abstención de presentar espectáculos musicales, según correspondía al periodo de penitencia y recato conforme al credo cristiano.

Lo innegable es que Verdi con su obra marcó una época en la historia musical, política y social de su país, que trascendió fronteras. Es reconocida su influencia global en una configuración cultural unitaria, como es evidente en algunas de sus composiciones más representativas, concebidas no con sentido pragmático, sino como auténtico ideal de vida. Así, bien se puede afirmar que, por ejemplo, tras el exotismo aparente de su ópera *Aida*, compuesta por encargo de la Ópera de El Cairo para conmemorar la construcción y apertura del Canal de Suez –magna obra



Cortejo fúnebre ante la muerte de Giuseppe Verdi,
(27 de enero de 1901)



Arrigo Boito con Giuseppe Verdi,
descansando en Santa Ágata

representativa del intelecto, capacidad y decisión del hombre en los albores del siglo XX-, prevalece el espíritu que la inspiró en su ideal de fraternidad y concordia entre los hombres, propósito fundamental del *Himno de las Naciones*, que compuso sobre texto de Arrigo Boito, muestra de inspiración que no se circunscribió a la música de los escenarios, sino que trascendió a los principios humanistas que enaltecen al autor.

En suma, el arte de Giuseppe Verdi trascendió su época por su arquetipo estético, la belleza de su música, la magnificencia de su orquestación y un canto de primer orden, méritos a los que bien se puede agregar el ideal de su existencia fiel a sus principios humanistas, a la absoluta entrega a su arte y a la confianza de que la humanidad avanza hacia una mayor fraternidad entre los hombres. ♣

JUAN LUIS GONZÁLEZ ALCÁNTARA Y CARRANCÁ

Doctor en Derecho. Catedrático en la Universidad Nacional Autónoma de México y en otras instituciones universitarias. Magistrado Presidente del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal. Conferencista y ponente en múltiples congresos nacionales e internacionales. Investigador de disciplinas jurídicas. Ensayista de publicaciones especializadas. Editorialista en diversos periódicos de circulación nacional. Es autor de una extensa obra escrita en los ámbitos jurídico, económico, pedagógico y cultural.